

Los fundamentos retóricos de la sociedad: influencias y debates en la última obra de Laclau

Lic. Daniela Venturuzzo

CIC/CILE (FPyCS-UNLP)

dventuruzzo@hotmail.com

Introducción

El presente trabajo se propone hacer una reseña sobre libro póstumo de Ernesto Laclau *Los fundamentos retóricos de la sociedad*, publicado en el año 2014 por el Fondo de Cultura Económica de Argentina. El texto aborda los principales cruces y debates teóricos trabajados por Laclau a lo largo de su trayectoria académica. A su vez, desarrolla categorías fundamentales de sus aportes tales como hegemonía, discurso, significantes vacíos y flotantes y antagonismo, entre otras.

El libro está dividido en seis ensayos con dos prefacios: uno perteneciente a la edición inglesa y otro dedicado a la edición en español.

En el *Prefacio* de la edición inglesa Laclau va a decir que el texto busca:

(...) reconstruir los contextos históricos y las operaciones intelectuales a través de las cuales esas tesis fueron formuladas. En todos los casos encontré que esas tesis eran resultado de una elección y que las alternativas descartadas continuaban operando en el trasfondo y reemergían con la inevitabilidad de un retorno de lo reprimido (2014: 14).

A su vez, en este apartado, Laclau va a señalar una serie de autores que contribuyeron mediante diversos aportes al desarrollo de su teoría.

Dice el autor que de **Husserl** le resultó esclarecedora la distinción establecida entre sedimentación y reactivación (2014: 14). De **Althusser**, va a retomar la idea de la *sobredeterminación* de las contradicciones de clase que implica un quiebre con la idea del marxismo clásico de que las contradicciones en las relaciones de producción se expresan luego en otros niveles y postula, en oposición, que existe una pluralidad de antagonismos que establecen entre sí relaciones de interdeterminación (2014:15).

De **Gramsci** va a recuperar la noción de hegemonía como forma de caracterizar el rol que articula lo social con lo político. A su vez, retoma de **Barthes** la idea de que las categorías lingüísticas no tienen una validez meramente regional sino que, si se las redefine de un modo adecuado, su validez puede ser extendida al conjunto de la vida social (2014:18).

Por otra parte, el autor señala que extrajo de **Derrida** la práctica deconstruccionista como operación necesaria para romper las formas sedimentadas de la aparente necesidad y descubrir el meollo de las contingencias que las habitan. De los juegos del lenguaje de **Wittgenstein** extrae la noción de que el vínculo entre las palabras y las acciones es más primario que la separación entre ambas (2014:19).

Por último, Laclau señala que retomará varios aspectos de la obra de **Lacan** pero que sobre todo recuperará la lógica del objeto *a* en la que inmediatamente percibió su homología profunda con la hegemonía gramsciana (2014:19).

I. Muerte y resurrección de la teoría de la ideología¹

El primer ensayo que trabaja Laclau fue publicado por primera vez en el año 1997 y está dividido en seis apartados. El primero de ellos, comienza retomando algunas conclusiones de Slavoj Žižek sobre la categoría “**ideología**”. En ese sentido, Žižek plantea que el abandono de la categoría “ideología” estuvo estrechamente relacionado con su expansión como noción que generó una totalización del concepto. Por lo tanto, nada podía estar fuera de la ideología.

Aquí podemos notar cómo Laclau se ubica desde un comienzo dentro del paradigma postestructuralista dejando atrás la pretensión de existencia de un metalenguaje y plantea que al haber una falta de un punto de vista extra-ideológico dos efectos se siguen necesariamente:

1- Todos los discursos que organizan las prácticas sociales están al mismo nivel y son incomensurables los unos con los otros.

2- Nociones tales como “distorsión” y “falsa representación” pierden todo sentido. (2014:23).

Y aclara:

¹ Este ensayo fue publicado originalmente con el título “The Death and Resurrection of the Theory of Ideology”: en *Journal of Political Ideologies*, vol. 1, núm. 3, pp. 201-220. La traducción al español, pertenece a Ernesto Laclau. (Laclau, 2014: 21).

Esto no significa, desde luego, que la crítica ideológica sea imposible, lo que es imposible es una crítica de la ideología *en cuanto tal*; todas las críticas serán necesariamente intra-ideológicas (2014:24).

Pero aquí Laclau encuentra un problema ya que si se abandona enteramente la noción de distorsión y se afirma que hay sólo discursos lo que se estaría haciendo es pasar de un positivismo naturalista a un positivismo de carácter fenomenológico. En ese sentido, él propone rescatar la idea de **distorsión** pero a través de retomar también la importancia de la **dislocación**. El autor plantea que la noción de distorsión implica algo más que la mera dislocación y es que un ocultamiento de algún tipo tiene lugar en ella. Lo que es ocultado es la dislocación inherente de aquello que se presenta a sí mismo como entidad cerrada. El acto de ocultamiento consiste en proyectar en esa identidad la dimensión de cierre de la que ella carece (2014:27).

Para Laclau esto tiene dos consecuencias importantes: la primera es que la operación de cierre es imposible pero al mismo tiempo necesaria. Imposible en razón de la dislocación constitutiva que está en la base de todo arreglo estructural pero necesaria porque sin esa fijación ficticia no habría sentido en absoluto (2014:28).

La segunda consecuencia es que esa dialéctica crea en toda representación ideológica una dimensión insuperable que es estrictamente constitutiva. Para Laclau **hay ideología siempre que un contenido particular se presente como más que sí mismo**. Sin esta dimensión de horizonte habría, para el autor, sistemas de ideas pero nunca ideologías (2014:29).

Luego de estas conclusiones, Laclau va a insertar el debate en el terreno de lo discursivo. Para esto, va a plantear que si lo que hace la distorsión es proyectar en un objeto particular la plenitud imposible de la comunidad, la equivalencia en la cadena signifiante no va representar a la identidad. Cada una de las transformaciones que implican las equivalencias tienen algo de su propia identidad pero sin embargo, al insertarse en la cadena equivalencia pierden algo de su propia identidad. La relación entre identidades particulares y equivalencia es para Laclau, inestable. Todo depende de qué función habrá de prevalecer: si representar un contenido particular interno de la comunidad o representar a esta última como plenitud ausente (2014:29).

A estas operaciones Laclau las va a denominar “**encarnación**” y “**deformación**”. Así cuando una plenitud ausente utiliza un objeto diferente de sí misma como medio de representación vamos a estar

hablando de “encarnación”. En tanto que cuando se dé una relación de equivalencia entre objetos particulares se va a hablar de “deformación”. Estas categorías son útiles desde una perspectiva analítica.

Sobre esto, Laclau va sugerir un ejemplo:

Supongamos que intento definir el sentido de un término a través de una enumeración equivalencial – por ejemplo, “bienestar del pueblo”-. Es posible afirmar que salud, alojamiento, educación, etc., constituyen una cadena equivalencial que construye una noción de lo que es el bienestar del pueblo. Está claro que esta lista puede ser expandida en forma indefinida. Esta expansión consiste, en apariencia, en un enriquecimiento del sentido, pero lo que este enriquecimiento logra es exactamente lo opuesto: si tengo que especificar lo que todos los eslabones de la cadena equivalencial tienen en común, cuanto más la cadena se expanda, tantos más rasgos diferenciales de cada uno de los eslabones tendrán que ser eliminados a los efectos de mantener vivo aquello que la cadena equivalencial intenta expresar (2014:31).

A partir de aquí, Laclau va a retomar dos conceptos propios: los significantes vacíos y los significantes flotantes. Para el autor, el **significante flotante** responde a un **exceso del sentido** mientras que el **significante vacío**, por el contrario, representa un **significante sin significado**. Un ejemplo de significante flotante sería “democracia” ya que su sentido es diferente en los discursos liberales, radicales, antifascistas o conservadores, etc. El significante flotante requiere que el término flotante se articule diferencialmente en cadenas discursivas opuestas porque de otro modo no habría flotamiento en absoluto y que dentro de estas cadenas discursivas funcione no sólo como componente diferencial sino también equivalencial respecto de los otros componentes de la cadena. De tal modo, el flotamiento de un término y su vaciamiento conduce a una conclusión inevitable:

(..) entender el trabajo de lo ideológico dentro del campo de las representaciones colectivas es lo mismo que entender esta lógica de la simplificación del terreno social que hemos denominado “equivalencia” y sus dos operaciones centrales el “flotamiento” y el “vaciamiento” (2014:32).

Para ejemplificar esto, Laclau va a recuperar el mistisismo como el límite extremo de la lógica de la equivalencia (2014:38). Para él, el mistisismo representa a través de los objetos la plenitud que por definición trasciende a toda representación. El autor sostiene que sólo es posible **expresar lo**

inexpresable si se encuentra una cierta **combinación de términos** en la que cada uno de ellos es **privado de su sentido particular**. Esto se da mediante la **equivalencia** (2014:39).

Para Laclau, el mistisismo se funda en una lógica que tiene como fin la enumeración y en esta enumeración cada término no representa el objeto en sí. En este sentido va a decir:

La tesis que estoy intentando defender es que este doble movimiento que encuentra su forma externa en el mistisismo, es decir la encarnación y deformación de contenidos particulares a través de la expansión de lógicas equivalenciales, está en la raíz de todo proceso ideológico comprendidas las ideologías políticas (2014:43).

A partir de aquí, va a hablar de cómo estas lógicas equivalenciales se trasladan al terreno político. Así, va a explicar que la cadena equivalencial tiene en su estructuración los restos de la particularidad de cada término que siguen operando alrededor de esa cadena. Si bien se puede pensar que podría expandirse infinitamente, dice Laclau que una vez que sus eslabones centrales han sido establecidos la expansión encuentra ciertos límites y es a través de esta operación que la ilusión de cierre se construye discursivamente (2014:49).

II. Sobre los nombres de Dios²

En el segundo ensayo, titulado “Sobre los nombres de Dios”, fue publicado por primera vez (al igual que “Muerte y resurrección de la teoría de la ideología”) en el año 1997. En este trabajo, Laclau va a continuar la discusión comenzada en el ensayo uno y va a iniciar citando a Meister Eckhart y su discusión sobre las distintas formas de nombrar a Dios. En este sentido, Laclau va a tratar de demostrar que el objeto que sostiene al mito es imposible de nombrar. Dice el autor que lo que Eckhart intentó hacer fue pensar la unidad en la diferencia pero que ahí, en su forma de ver las cosas, se encuentra un problema que tiene que ver con los particularismos que cada eslabón de la cadena equivalencial posee. Esta conclusión está estrechamente relacionada con la tesis del primer ensayo del libro.

² Este ensayo fue publicado originalmente con el título "On the Names of God": en Sue Golding (ed.), *The Eight Technologies of Otherness*, Nueva York, Routledge, 1997. La traducción al español pertenece a Ernesto Laclau (Laclau, 2014: 51).

Para Laclau es imposible borrar el residuo de particularidad de la cadena equivalencial y sostiene que este residuo retorna siempre de un modo subversivo, transformando la experiencia mística de lo absoluto a lo particular. Aquí es cuando Laclau afirma que Dios no puede ser nombrado ya que:

La operación de nombrarlo, ya sea en forma directa o indirecta a través de la equivalencia de contenidos que son menos que él nos introduce en un proceso en el que el residuo de particularidad que la intervención mística intenta eliminar se muestra como irreductible (2014:61).

Para sostener la visión de que **el discurso nunca puede nombrar la totalidad del concepto**, Laclau va a retomar una referencia a la teoría althusseriana que venía funcionando sutilmente en el primer ensayo que tiene que ver con los aportes lacanianos en relación la vinculación entre lo simbólico y su incapacidad de representar la plenitud y la ideología. En ese sentido, Laclau va a retomar la **identificación imaginaria** de Lacan expuesta en el reconocido desarrollo laciano de “El estadio del espejo” y que supone una falta constitutiva en el registro simbólico que habita al sujeto. La identificación primaria va a servir como matriz para todas las otras identificaciones secundarias y así la vida del individuo será la búsqueda de una plenitud que le será sistemáticamente negada. El objeto que aportaría esta plenitud final, es aquel más allá del que el místico afirma tener una experiencia directa. Sobre esto, Laclau afirma que la importancia histórica del discurso místico es que ha mostrado la finitud esencial que es constitutiva de toda experiencia. Su límite ha sido, en la mayoría de los casos, su claudicación frente a la tentación de dar un contenido positivo a ese más allá.

A partir de eso, Laclau va a introducir la relación que estas conclusiones tienen con su forma de concebir la **hegemonía**. Y explicará: “Entiendo por hegemonía una **relación** en la que un **contenido en particular asume** en un cierto contexto **la función ausente**” (2014:64).

III Articulación y los límites de la metáfora³

El tercer ensayo, titulado “Articulación y los límites de la metáfora” y publicado en el año 2008, está dividido en cinco apartados que revisan las relaciones entre las metáforas y las metonimias y sus implicancias en los discursos políticos.

³ Este ensayo fue publicado originalmente con el título “Articulation and the Limits of Metaphor”, en James J. Bono, Tim Dean y Ewa Plonowska Ziarek (eds.), *A Time for the Humanities. Futurity and the Limits of Autonomy*, Nueva York, Fordham University Press, 2008, pp. 229-253. La traducción al español pertenece a Mariela Nahir Solana y fue revisada por Ernesto Laclau (Laclau, 2014: 69).

El ensayo comienza con un análisis con un análisis del texto de Gérard Genette titulado “Metonimia en Proust”:

Sin la metáfora, dice (aproximadamente) Proust, no hay verdaderas memorias; nosotros agregamos por él (y por todos): sin metonimia, no hay encadenamiento de memorias, no hay *historia*, no hay novela. Porque es la metáfora la que recupera el Tiempo perdido, pero es la metonimia la que lo reanima, la que lo vuelve a poner en movimiento: la que lo devuelve a sí mismo y a su verdadera "esencia" (Genette en Laclau, 2014:72).

La discusión entre metáfora y metonimia también se articula con los dos ensayos anteriores en el sentido de que va a ser la **lógica metonímica** la que va a poder nombrar los **particularismos** mientras que va a ser la **lógica metafórica** la que va a denominar **lo absoluto** en relación al **discurso** y así le va a permitir a Laclau tener una visión más integral de su propuesta de análisis discursivo.

Para trabajar el rol fundamental de la metáfora y la metonimia en la retórica, Laclau va a retomar el famoso ensayo de Roman Jakobson⁴ titulado: “Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos”. En ese ensayo, Jakobson señala que:

(...) cualquier signo lingüístico presupone su disposición a través de dos operaciones diferentes: *combinación y contextura*, por medio de las cuales el signo obtiene su localización, de acuerdo con reglas sintácticas, en una sucesión ordenada con otros signos; y *selección y substitución*, por medio de las cuales un signo puede ser remplazado por otros en cualquier localización estructural dada (Laclau, 2014:75).

Para Laclau esta distinción corresponde a los dos ejes del lenguaje identificados por Saussure: el sintagmático y el paradigmático, que Saussure llama “asociativo” (2014:76). Luego, el autor señala que a partir de estos dos ejes del lenguaje Jakobson se traslada al campo retórico y sostiene que la

⁴ Este ensayo de Jakobson fue fundamental, años antes, en los desarrollos teóricos de intelectuales como Jacques Lacan, Roland Barthes y Claude Lévi-Strauss. En este sentido, vale destacar que la apropiación que Laclau hace de las conclusiones de Jakobson guardan estrecha relación con la utilización que de ellas hizo Lacan. Pero a diferencia del psicoanalista, Laclau persigue como objeto la vinculación de los conceptos de metáfora y metonimia con la teorización de la hegemonía mientras que Lacan analiza sus implicancias en la caracterización del inconsciente (ver: Lacan, 1984).

metonimia se correspondería con la **combinación** y la **metáfora** con la **sustitución** y cita a Jakobson diciendo que:

Al manipular estas dos clases de conexiones (semejanza y contigüidad) en sus dos aspectos (posicional y semántico) -seleccionando, combinando y clasificándolos- un individuo expone su estilo personal, sus predilecciones y preferencias verbales (Laclau 2014: 76).

Para Jakobson, señala Laclau, todo sistema semiótico puede ser entendido en términos de la alternativa metáfora y metonimia (2014:77). Así, el autor puede asegurar que la metáfora y la metonimia no son simples figuras retóricas sino que son las dos matrices fundamentales alrededor de las cuales todas las figuras y tropos se deberán acomodar.

A partir de aquí, Laclau va a sumergirse en las formas de estructuración de los discursos a través de pensar el rol de la metáfora y la metonimia. Entonces, va a pensar **qué es necesario para que dos tropos puedan unirse**. Para esto resulta fundamental la práctica de la **analogía** y la **continuidad**. Va a decir el autor que, como muestra Genette en el caso de Proust, la analogía siempre está basada en una continuidad originaria (2014:79). Esto quiere decir que los términos que se usarán en la cadena están íntimamente relacionados con su cercanía y no solamente con su funcionalidad a la hora de representar determinada plenitud:

La contigüidad y la analogía no son esencialmente diferentes una de la otra sino que son dos polos de un *continuum* (2014:80).

Para ejemplificar esto, va a recurrir al siguiente caso:

Supongamos que hay un barrio en el que existe violencia racial, y que la única fuerza capaz de confrontarla en esa área son los sindicatos. Cualquiera pensaría que, normalmente, oponerse al racismo no es la tarea natural de los sindicatos, y si es asumida por ellos en ese lugar, es por una constelación contingente de circunstancias sociales. Es decir que tal “asunción” se deriva de una relación de contigüidad; esto es, que su naturaleza es metonímica. Pensemos, sin embargo, que esta “asunción” continúa por un largo período de tiempo; en este caso, la gente se acostumbraría a esa asunción y tendería a pensar que ella es parte normal de las prácticas de los sindicatos (2014:80).

Y continúa:

De modo que lo que era un caso de articulación contingente se convierte en una parte del significado central del término “sindicato”; la “contigüidad” se convierte en “analogía”; la “metonimia”, en “metáfora” (2014:80).

Laclau va a sostener que este movimiento es inherente a la operación política de la hegemonía:

(...) el movimiento de la metonimia hacia la metáfora, de la articulación *contingente* a la pertenencia *esencial*. A la inversa, la disolución de una formación hegemónica involucra la reactivación de esa contingencia: el retorno desde una fijación metafórica “sublime” a una humilde asociación metonímica (2014:80)

A partir de esto, Laclau va a llamar la atención en el hecho de que la afirmación de que la retoricidad es inherente a la significación se da a partir de la necesidad de un **desplazamiento tropológico** que es aquel que **da fundamento a la cadena signifiante**. Esto quiere decir para el autor, que hay un lugar en la cadena que funciona como pretensión de un cierre imposible. Hay un **término que da la idea de que se concluye** y eso es lo que genera para él el sentido. A ese término que él piensa como un espacio del vacío (equiparando vacío con el concepto de Real lacaniano) lo va a denominar **“signifiante vacío”**⁵.

⁵ Nos parece importante destacar que la relación que establece Laclau con la categoría de Real en la obra de Lacan nos resulta un tanto inconveniente. En la teoría lacaniana es imposible materializar lo Real en un signifiante ya que este registro está caracterizado fundamentalmente por su indecibilidad. Lo real es imposible de imaginar (Evans, 2007: 163). Así, creemos más cercana la noción de signifiante vacío al concepto de signifiante Amo (S1) lacaniano, que tiene sus raíces en los desarrollos teóricos de Greimas. Lacan llama signifiante-amor a lo que constituye la juntura, por un lado con el sujeto y, por el otro, con el conjunto de los significantes. Es, por una parte, el amor del sujeto, aquello por lo que el sujeto se representa como teniendo un valor en el discurso universal y, por otra, lo que ordena, lo que enmarca el orden de los significantes. Es el mediador entre el sujeto y el conjunto de los significantes (Miller, 2005).

Más adelante, Laclau va a equiparar la lógica del signifiante vacío con el objeto *a* lacaniano y aquí creemos que el cuestionamiento sostenido anteriormente sigue siendo relevante ya que el objeto *a* no se representa en un signifiante en la teoría lacaniana sino que representa fantasmáticamente la falta del ser en una materialidad. La importancia de esta distinción radica en que si se siguen los postulados de Lacan, es necesario atravesar el signifiante para que el objeto *a* se presente y es a través del signifiante que el sujeto emerge como tal. Hay en el desarrollo lacaniano un tipo de discurso que enfrenta al sujeto con su plus de goce sin necesidad de hacerlo atravesar el signifiante: es el discurso capitalista y su función es juntamente, hacer innecesario el lazo social. Es por este desarrollo que el psicoanalista y compañero de Laclau, Jorge Alemán, lo critica. Según él, en la teoría de Laclau el poder no está correctamente caracterizado porque no hay una diferenciación clara entre poder y hegemonía. Para Alemán, el poder tiene la estructura del discurso capitalista de Lacan, mediante el cual se producen subjetividades pero no sujetos. En cambio, la hegemonía se hace con sujetos y para esto es necesario, desde una óptica lacaniana, que exista un discurso donde el sujeto emerja y esto sólo es posible mediante el encuentro con el signifiante (Alemán, 2016).

Aquí vemos una complejización de la categoría de “significante vacío” en comparación con lo expuesto en el primer ensayo (publicado en 1997) donde el autor afirmaba que un significante vacío era simplemente “un significante sin significado” (2014:31).

A partir de las tensiones que detecta en relación al *continuum* metáfora/metonimia, Laclau va a tratar de aplicar esas conclusiones a los espacios políticos. En esta línea, va a sostener que:

La **política** es una **articulación de elementos heterogéneos** y tal articulación es **esencialmente topológica** ya que supone la dualidad entre la institución y la subversión de posiciones diferenciales que encontramos definiendo la intervención retórica. La organización social no es, sin embargo, exclusivamente política; en gran parte consiste en posiciones diferenciales que no son amenazadas por ninguna confrontación entre grupos. Es solo a través de esta confrontación que el momento específicamente político emerge, ya que muestra la naturaleza contingente de la articulación. Usando una distinción husserliana, podríamos decir que lo social es equivalente a un orden *sedimentado*, mientras que lo político involucraría un momento de *reactivación* (2014:85).

Aquí Laclau va a relacionar sus conclusiones con su conceptualización de la hegemonía y va a decir que cuanto más estable sea el orden social tanto más prevalecerán las formas institucionales y se organizarán a sí mismas en un sistema sintagmático de posiciones diferenciales. Por el contrario, cuanto más confrontaciones se presenten entre grupos la escena social más tenderá a estar dividida en dos campos: al límite habrá una total dicotomización del espacio social en torno a sólo dos posiciones sintagmáticas: “nosotros” y “ellos”. Todos los elementos sociales deberán en tal situación, localizar su identidad alrededor de algunos de esos dos polos, cuyos componentes internos estarían en una mera relación de equivalencia (sustitución) (2014:86).

Y el autor va a afirmar que este proceso por el cual las identidades dejan de ser puramente inmanentes a un sistema y requieren una identificación con un punto trascendente a ese sistema (que es lo mismo que decir: cuando una particularidad se convierte en el nombre de una universalidad ausente) se puede hablar de **hegemonía**. Su lógica es idéntica a la del objeto *a* lacaniano (2014: 86)

Sin embargo, Laclau aclara que en el *continuum* hay otros movimientos que son igualmente posibles dado que éste no prescribe a priori ni la dirección que las intervenciones deberán tomar ni las diferentes formas de articulación entre sus polos extremos. Para esto, dice Laclau, hay que tener en cuenta – como afirma Genette sobre Proust- que lo que hace posible la experiencia de una narrativa es una decisión (2014: 86).

IV. Política de la retórica⁶

El cuarto ensayo del libro, se titula “Política de la retórica” y fue publicado por primera vez en el año 2001. Una versión preliminar del mismo fue expuesta en 1998.

El texto comienza con un análisis de la obra del crítico literario Paul De Man.

Uno de los primeros aportes que Laclau va a retomar de De Man es la idea de que la materialidad del significante genera un medio retórico que disuelve en última instancia la ilusión de toda referencia no mediada (2014:100).

Según Laclau, si se analiza la obra de De Man, especialmente sus últimos trabajos, sus aportes pueden resultar útiles en el desarrollo de un enfoque hegemónico de la política. Para hablar de esto, Laclau va a profundizar sobre la categoría de **hegemonía** y va a decir que los **requerimientos** de la hegemonía como categoría central del análisis político son en esencia tres:

- 1- Que **algo** constitutivamente **heterogéneo al sistema** o estructura social **tiene que estar presente** en ésta última desde el mismo comienzo impidiéndole constituirse como totalidad cerrada o representable.
- 2- La **sutura hegemónica** tiene que producir un **efecto retotalizante** sin el cual ninguna articulación hegemónica sería tampoco posible.
- 3- Esta retotalización no puede tener el carácter de una reintegración dialéctica. Por el contrario **tiene que mantener visible la heterogeneidad** constitutiva y originaria de la cual la relación hegemónica partiera (2014:101).

Para resolver la contradicción que estos pasos sostienen, Laclau va a tomar el análisis de De Man sobre la obra de Blas Pascal. Según Pascal, hay una relación de referencia entre nombre y cosa, de

⁶ Este ensayo fue publicado originalmente con el título “The Politics of Rhetoric”: en Tom Cohen, Barbara Cohen, Joseph Hillis Miller y Andrzej Warminski (eds.), *Material Events. Paul de Man and the Afterlife of Theory*, Minneapolis, Minnesota University Press, 2001, pp. 229- 253. La traducción al español pertenece a Ernesto Laclau (Laclau, 2014: 99).

modo tal que al oír la expresión “tiempo” todos vuelven o dirigen su mente a la misma entidad. Lo que De Man va a decir es que esta noción reintroduce la definición real en el propio campo geométrico ya que la palabra (en este caso “tiempo”) no funciona como un signo o un nombre sino que funciona como un vector; marca la dirección hacia dónde se va a dar el giro a partir del signo.

Más adelante, Laclau también va a recuperar el debate sobre el cero que propone De Man al decir que el cero siempre aparece en forma de uno, pese a que es en realidad innumerable (2014:104).

Y va a afirmar:

Respecto del sistema, el cero se encuentra en una tensión indecible entre internalidad y externalidad pero una internalidad que no excluye la heterogeneidad. El cero produce efecto, a pesar de ser innominable. Cierra el sistema, al precio incluso de hacer este último irremediabilmente heterogéneo. Él retotaliza el sistema dando lugar, sin embargo, a una inconsistencia que no puede ser superada. El cero no es nada, pero es la nada del propio sistema, la propiedad de su cierre coherente (2014:105).

Para Laclau, esta sucesión de momentos estructurales coincide paso por paso con la lógica de la hegemonía tal y como la describe en sus trabajos y tal y como la ve operando en los textos de Gramsci (2014:105).

Para Laclau, en la **hegemonía** es sólo si el más allá del límite tiene el carácter de una **exclusión**, que su rol como límite es restaurado y con ello la posibilidad de emergencia de un **sistema completo de diferencias**. Todas esas diferencias al estar adentro de un mismo sistema, generan **relaciones de equivalencia en oposición al elemento excluido**. Lo que hace la equivalencia es invertir la diferencia. De este modo, dice Laclau, el más allá que es la condición de posibilidad del sistema es también su condición de imposibilidad. Toda **identidad** se constituye en el interior de la **tensión irresoluble entre equivalencia y diferencia** (2014:106).

Laclau va a señalar las diferencias entre la lógica hegemónica y la dialéctica pascaliana entre el cero y el uno, tal como De Man la describiera y va a decir que en la lógica pascaliana el cero sólo puede ser corporizado por el uno mientras que en la lógica hegemónica cualquier elemento que esté adentro del sistema puede encarar esa función hegemónica. Pero para pensar esto, dice Laclau, es

fundamental prestarle atención a esas retotalizaciones parciales que se dan dentro del sistema. Para eso, el autor se propone trabajar la oposición metáfora y metonimia, tal como la presenta De Man en su ensayo sobre Proust “Alegorías de la lectura” (2014:107).

Si Proust va a decir que no hay verdaderas memorias sin metáfora, Laclau va a agregar que sin metonimia no hay posible encadenamiento de memorias, no hay historias. Porque, como dice Genette y retoma Laclau: es la metáfora la que recupera el tiempo perdido pero es la metonimia la que lo reanima, la que lo vuelve a poner en movimiento, la que lo devuelve a sí mismo y a su verdadera esencia, la que es su propio escape y su propia búsqueda (2014:116).

Luego de analizar las implicaciones de la obra de Sorel y de Genette y los aportes de Proust a la teoría de la hegemonía en relación a las conceptualizaciones de metáfora y metonimia y sus relaciones, Laclau va a sostener que gracias a esos aportes se llega al punto decisivo en el argumento acerca de la hegemonía y afirma que:

Si la hegemonía implica la representación por parte de un sector particular de una imposible totalidad con la que él es inconmensurable es suficiente entonces que hagamos plenamente visible el espacio de las sustituciones tropológicas para que la lógica hegemónica pueda operar con libertad. Si la plenitud de lo social es inalcanzable, todo intento por representarla fallará necesariamente pero una serie de problemas parciales podrán solucionarse en la vana búsqueda de ese objeto imposible. (...) Con esto, el juego metonímico ocupa el centro de la escena y la política, pasa ahora a ocupar el lugar dominante (2014:117).

Para Laclau **la metonimia es más “primordial” que la metáfora** porque es una situación de contingencia generalizada, ningún criterio de analogía es estable. Una situación tal está dominada por cambiantes relaciones de contigüidad que ninguna totalización metafórica puede controlar. Para Laclau, la metáfora es un efecto superestructural de una parcial estabilización de relaciones de contigüidad que no están sometidas a ningún principio literal de determinación a priori (2014:120).

Aquí Laclau va a retomar a Gramsci y va a sostener que para él, las categorías centrales de la teoría gramsciana pueden ser leídas retóricamente ya que circunscriben un espacio de movimientos tropológicos que aportan una nueva flexibilidad estratégica al análisis político (2014:123).

Para finalizar, el autor va a reactivar el diálogo con De Man y va a sostener que le adjudica a él dos logros principales para pensar la política. El primero de ellos es haber extendido el campo de la retoricidad al conjunto del lenguaje, haber hecho de la retórica una dimensión constitutiva del lenguaje como tal. El segundo elemento tiene que ver con haber deconstruido los tropos dominantes de la tradición romántica como lo son el símbolo y la metáfora, mostrando que todo efecto totalizante se funda en una infraestructura contingente de tropos más humildes. Si consideramos que, como sostuvo anteriormente Laclau, la teoría de la **hegemonía es inevitablemente metonímica**, vemos que la contribución de De Man se vuelve fundamental a la hora de dar contenido a la tesis que el autor intenta sostener en este ensayo.

V. Antagonismo, subjetividad y política⁷

El quinto ensayo se denomina “Antagonismo, subjetividad y política” y fue publicado en la revista “Debates y Combates” en el año 2012.

En este ensayo, Laclau va tratar – desde una visión heideggeriana- la relación entre lo **óntico** (el ser en su experiencia) y lo **ontológico** (lo propio del ser independientemente de la circunstancia) y sus implicancias en la conceptualización de la hegemonía. A su vez, va a desarrollar una importante crítica a la categoría de “contradicción dialéctica” tal y como la entienden los teóricos marxistas.

Para esto, va a comenzar a abordando la noción de “**antagonismo**” en relación a su uso en el marxismo. Para esto, va a traer un debate de la escuela de Della Volpe a cerca de la distinción kantiana entre oposición real y contradicción lógica. Para Della Volpe y especialmente para su discípulo, Lucio Colletti, los antagonismos sociales sólo pueden ser oposiciones reales.

Una filosofía idealista como la de Hegel – que reducía la realidad al concepto- podía de alguna manera hablar, para Laclau, de contradicciones en el mundo real pero en una filosofía materialista como el marxismo, que afirma el carácter extralógico de lo real, no se puede seguir esa ruta. Entonces, dice el autor, cuando los marxistas hablan de contradicciones sociales están confundidos y sugiere que un programa verdaderamente materialista, debería implicar la reconceptualización de los antagonismos sociales en términos de oposiciones reales (2014:130).

⁷ Este ensayo fue publicado originalmente en español en *Debates y Combates*, año 2, núm. 3, junio-julio de 2012, pp. 7-37 (Laclau, 2014: 127).

Para Laclau, **contradicción no es lo mismo que antagonismo** ya que la contradicción es un tipo de oposición que no opera entre objetos o sujetos reales (2014:130).

Luego de analizar los trabajos de Della Volpe y Colletti sobre las categorías de Kant, Laclau va a decir que la idea de contradicción dialéctica no es útil para pensar una relación antagónica. Entonces se preguntará si sí lo es la idea de oposición real y va a sostener que la oposición real no tiene nada de antagónico tampoco. El componente constitutivo del **antagonismo** es la **negatividad** y por eso no nos sirven estas categorías para pensar los antagonismos: porque en la contradicción dialéctica siempre hay un momento posterior positivo, una positividad superior, y, por otro lado, en una oposición real hay dos fuerzas reales que no se oponen entre sí; una no anula a la otra.

Para ejemplificar esto va a trabajar dos casos. Retomamos aquí uno de ellos que aborda el estado de un barco azotado por dos vientos en su desplazamiento: uno proveniente del este (que lo empuja hacia adelante) y el otro del oeste (que lo impulsa hacia atrás). Si bien la nave es afectada por dos elementos, estos elementos no se anulan a sí mismos. Este no es el caso de los antagonismos. Para Laclau, la presencia de un antagonismo es similar a la presencia de un enemigo: me impide construir mi propia identidad (2014:133).

Aquí se vuelve fundamental en el análisis la diferencia entre lo óntico y lo ontológico. Así, el autor va a decir que **el ser de una identidad** no es algo meramente dado sino que es el resultado del **investimiento de un contenido óntico por una significación ontológica** que no emerge, necesariamente, de ese contenido. O para ponerlo en otros términos: que la articulación entre lo óntico y lo ontológico está siempre mediada discursivamente (2014:142).

Para Laclau no hay contenido óntico que por sí mismo tenga una significación ontológica precisa pero a su vez no hay significación ontológica que no se construya a su vez por el investimiento de un contenido óntico. Todo gira, entonces, en torno al status teórico preciso de esta noción de investimiento (2014:142).

El autor sostiene que **el hiato que se produce entre la relación de lo óntico y lo ontológico es el propio lugar del sujeto**. El sujeto sería entonces para Laclau, aquello que emerge desde la imposibilidad de ser todo y la necesidad de por lo menos ser algo y eso se da a través de la investidura de algo objetivo. Para afirmar lo anterior, Laclau va a citar a Heidegger y va a decir que de él va a tomar la noción de diferencia ontológica y propone que la categoría central para pensar esa diferencia ontológica es la de *Abgrund* -un fundamento que es a la vez un abismo- (2014:146).

Si el fundamento es un abismo, esto significa que hay una distorsión entre lo óntico y lo ontológico que es sólo representable mediante una fijación parcial. La totalidad de esa relación es constitutivamente irrepresentable. Aquí el autor va a señalar que el *Abgrund* heideggeriano, en un registro teórico distinto, tiene relación con la lógica de los significantes vacíos.

Para Laclau, el **significante vacío** no es simplemente un significante sin significado, porque eso lo transformaría en un mero sonido y lo pondría fuera del campo de la significación, sino que para él un significante vacío, para continuar siendo significativo, tiene que continuar siendo significativo para **significar** algo y ese algo es **un hiato que emerge en el seno de la significación** que por lo tanto, no tiene significado positivo propio pero que debe ser, sin embargo, nombrado porque es la condición misma del proceso significativo. Por tal motivo, ese hiato sólo puede mostrarse como distorsión de todo momento estructural, es decir, de todo espacio suturado de diferencias.

Para hablar de esto, Laclau va a retomar a Lacan, a partir de la lógica del objeto *a*. Laclau entiende al objeto *a* lacaniano como un objeto parcial que asume el rol de la totalidad. Es, dice el autor, un objeto imposible pero también un objeto necesario. Su representación, por ende, es posible si un objeto parcial, sin dejar de ser parcial es investido con el papel del representar a esa imposible totalidad. En palabras de Lacan, la sublimación consiste en elevar un objeto a la dignidad de *La Cosa* (2014:148).

A su vez, el autor encuentra también una estrecha relación entre los significantes vacíos y la idea de “clase hegemónica” de Gramsci y afirma que la hegemonía en Gramsci, refiere a ciertos contenidos investidos con la función de representar la plenitud ausente de la comunidad.

Como en el caso del *Abgrund* heideggeriano y como en la lógica del objeto *a* lacaniano, la operación hegemónica consiste en un investimento radical que a la vez que intenta crear un puente entre lo óntico y lo ontológico reproduce, a su vez, su imposible convergencia. Para Laclau, lo que permite el **antagonismo** es poder captar algo de esas identidades antagónicas. La presencia de la fuerza antagónica **muestra el carácter contingente y de mero investimento de la identidad**. Paradójicamente, la estructuración interna de la identidad, se muestra a través de aquello que la interrumpe y limita. Esta interrupción es decisiva y es ella la que hace a la relación antagónica inasimilable a las otras dos lógicas con las que se ha intentado aprehenderla: la oposición real y la contradicción dialéctica. Y como hemos visto, son lógicas enteramente identitarias que no requieren abandonar un plano unificado de representación (2014:151).

Para Laclau, el acto de institución de la identidad se muestra plenamente sólo a través de aquello que la pone en cuestión pero estos **actos de institución contingente** que tienen lugar en un campo surcado por la presencia de **fuerzas antagónicas** es exactamente lo que Laclau entiende por **política**. El investimento, va a decir, consiste precisamente en transformar las características ónticas del objeto en expresión o representación de algo distinto de ese objeto, es decir, de una plenitud ausente. Pero esto equivale a decir que esa **representación** será siempre figural o **retórica**. Así, para Laclau, las figuras retóricas adquieren un valor ontológico (2014:151).

VI. Ética, normatividad y heteronomía de la ley⁸

El sexto y último ensayo se titula “Ética, normatividad y heteronomía de la ley” y fue publicado en el año 2004. Lo que va a trabajar el autor en este trabajo es la relación entre lo ético y lo normativo. La pregunta que lo guía se relaciona con la contradicción entre lo ético (en singular) y lo normativo inscripto en una pluralidad de órdenes.

Así, para comenzar la discusión, Laclau va a sostener que lo normativo y lo descriptivo no son órdenes autónomos sino que son complejos en los cuales hechos y valores se interpretan mutuamente de modo inextricable. Para él, lo que llamamos usualmente moralidad pertenece a estos complejos (2014:156). Pero a continuación va a sostener que si bien la moralidad es parte de esos complejos para él lo ético no lo es.

Para fundamentar esa afirmación, Laclau va a reflexionar sobre la oposición entre el “ser” y el “deber ser”. Según él, la diferencia sustancial entre el “ser” y el “deber ser” es que el “deber ser” representa la plenitud del ser mientras que el ser factual siempre aparece como deficiente. Aquí podríamos trazar una relación entre este ensayo y lo sostenido en el ensayo anterior en relación al investimento óntico de lo ontológico.

Dice Laclau que es la distancia entre el ser pleno y el ser deficiente la que está en la raíz de la experiencia ética (2014:157). Asimismo, esa deficiencia en lo fáctico se representará como falta y va a ser esa falta la que marcará la distancia entre el “ser” y el “deber ser”.

⁸ Este ensayo fue publicado originalmente con el título “Ethics, Normativity and the Heteronomy of the Law”, en Sinkwan Cheng (ed.), *Law, justice, and Power. Between Reason and Will*, Stanford (CA), Stanford University Press, 2004. La traducción al español pertenece a Ernesto Laclau (Laclau, 2014:155)

Luego de esto, sostendrá que la experiencia mística recupera esta **ecuación plenitud/vacuidad** que para Laclau es el **rasgo distintivo de lo ético** como tal (2014:160). Aquí, se va a preguntar cómo es que lo ético se traslada a lo normativo y a partir de esta pregunta retomará lo planteado en el ensayo anterior en relación a la necesidad de un investimento radical de lo ético en lo normativo.

Dice Laclau:

Si la experiencia ética es realmente la experiencia de lo incondicionado en un mundo enteramente condicionado, de una plenitud -como fundamento del deber ser- que está más allá de toda determinación, no hay manera de pasar en forma directa de esa experiencia a una norma o imperativo concretos. Es solo si el contenido de esta norma o imperativo pasa a ser el símbolo de algo esencialmente heterogéneo consigo mismo que una relación entre lo ético y lo normativo puede establecerse (2014:161).

Y aquí el autor retoma las **críticas** que su visión entre lo ético y lo normativo ha generado y afirma que ha sido muy cuestionado por la división que propone entre lo ético y lo normativo. Sus críticos sostienen que si lo ético y lo normativo no tienen una relación directa entonces lo normativo pasaría a ser algo sin fundamento. Sobre esto, Laclau va a decir que es justamente esa **falta de fundamento de la norma** lo que va a hacer la vida digna de ser vivida. En este punto, va a retomar el concepto de **sedimentación** de Heidegger para usarlo en relación a que no es cualquier investimento, aunque sea radical, el posible ya que vivimos en un mundo de prácticas sociales sedimentadas que limitan el campo de lo pensable y lo decible. Para Heidegger, esta sedimentación es existencial ya que es constitutiva de toda experiencia posible (2014:162).

Laclau también va a retomar las críticas que le han hecho al respecto de la teoría de la hegemonía que desarrollaron con Chantal Mouffe en el libro *Hegemonía y estrategia socialista*. Según el autor, ha sido cuestionado porque a lo largo de la obra la teoría de la hegemonía se presenta como una descripción objetiva neutral en tanto que también hace una elección normativa que es la democracia radical.

En respuesta a esto, Laclau sostendrá que para él no existe una descripción que pueda ser neutral. Y por otro lado, va a afirmar que su idea de democracia radical no es algo surgido de la nada sino que nace del resultado de una pluralización de luchas sociales ancladas en las nuevas estructuras del

capitalismo contemporáneo que generan desplazamientos factuales y normativos. Pero también señalará que no será cualquier lector el que esté en condiciones de entender la democracia radical como alternativa y menos podrá hacerlo un lector que se pretenda absolutamente neutral y que no posea las raíces contextuales que tanto él como Mouffe atravesaron a la hora de formular esta propuesta.

Una vez debatidas las críticas a su obra y para finalizar, Laclau dirá que la estructura del investimento radical tienen que ver con un cierto orden que cumple la función de ordenamiento. Y se pregunta: ¿a qué se debe que un cierto orden más que otro pueda cumplir la función de ordenamiento? Una primera respuesta es: el mero presente (2014:164).

Así, Laclau va a sostener que:

En una situación de desorden generalizado, la gente necesita algún tipo de orden. Y el orden particular concreto que cumplirá la función de ordenamiento pasa a ser una consideración secundaria. Es por esto que el orden que es percibido como el más capaz de cumplir la función de ordenamiento es el que será objeto del investimento ético. Esta no puede ser, sin embargo, toda la respuesta, porque como hemos visto hay en toda sociedad un orden normativo que gobierna los arreglos institucionales, los contactos entre los grupos, la circulación de bienes, etc. Esto es lo que hemos denominado el reino de las prácticas sociales sedimentadas (2014:165).

Y dirá para finalizar:

(...) el sujeto que emerge del juego indecible entre autonomía y heteronomía es un sujeto que habita un mundo más humilde pero más humano, uno para el cual no hay universalidad sino universalización, no hay identidad sino identificación, no hay racionalidad sino racionalización parcial de la experiencia colectiva (2014:166)

A modo de conclusión

A lo largo de todo el recorrido, podemos observar que Laclau logra acercarnos los desarrollos de sus principales categorías teórico-analíticas y asimismo, consigue establecer los debates y las apropiaciones que marcan su trayectoria académica.

La recopilación de ensayos nos permite complejizar los debates en torno a la hegemonía y su relación con el discurso a través del abordaje de categorías constitutivas de estas dimensiones tales como antagonismo, contingencia y significantes vacíos y flotantes, entre otras.

La diferenciación entre metáfora y metonimia en el plano discursivo así como el abordaje de la distancia entre lo óntico y lo ontológico y su diálogo con lo ético y lo normativo, son sólo algunos ejemplos de la inscripción del autor en el campo postestructuralista que tiene como fundamento la inclusión de un resto no simbolizable como elemento central de la construcción identitaria. Es aquí cuando los aportes de Heidegger, Gramsci y Lacan se vuelven centrales para comprender la matriz que guía el pensamiento de Laclau en relación a lo político y su vinculación con el campo de la retoricidad.

Bibliografía

ALEMÁN, J. (2016). Conferencia “Poder, hegemonía y medios de comunicación en América Latina”. XVIII Congreso de Red de Carreras de Comunicación y Periodismo (REDCOM) “Comunicación, derechos y la cuestión del poder en América Latina”. Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP). Audio disponible en: <https://www.mixcloud.com/PosgradoPerio/jorge-aleman-xviii-congreso-redcom-fpycs-unlp-uba-sociales/>

Evans, D. (2007). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.

LACAN, J. (1984) *Seminario III: La psicosis (1955-1956)*. Madrid: Paidós

LACLAU, E. (2014). *Los fundamentos retóricos de la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de la Argentina S.A.

LACLAU, E. y MOUFFE, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI

MILLER, J.A. (2005) “La utilidad directa”. En: *Freudiana* 43/44, marzo - octubre, pp 7-30.